

Primer amor

Iván Turguénev



Contemporáneo de Flaubert, con quien mantuvo una buena amistad, y de figuras como Gógol, Dostoyevski y Tolstoi, Iván Turguénev (1818-1883) es otra de las cimas de la fecunda literatura rusa del siglo XIX. Si en novelas como «*En vísperas*» o «*Padres e hijos*» dejó patente su maestría para plasmar en el género novelesco los problemas más acuciantes de la Rusia de su tiempo, «*Primer amor*» (1860) es uno de los mejores ejemplos de su capacidad para retratar como pocos los movimientos y pasiones del alma humana. Pocos lectores, en efecto, podrán dejar de reconocer en mayor o menor medida un territorio ya visitado al leer el relato en primera persona del violento enamoramiento del que cae presa el adolescente Vladimir Petrovich por la joven princesa Zinaida Alexandrovna y de los incesantes, cambiantes y contradictorios sentimientos que experimenta —amor, vergüenza, ensueños, desconcierto, ilusión, desaliento, hastío, celos, dudas...— dentro del marco de una historia casi vulgar cuyo intenso e inexorable final abre las puertas de la edad adulta.

Introducción

Los invitados se habían despedido hacía ya largo rato. El reloj acababa de dar las once y media. Sólo nuestro anfitrión, Sergio Nicolaievich y Vladimir Petrovich permanecían aún en el salón. Nuestro amigo llamó e hizo retirar los restos de la cena.

—Así que estamos de acuerdo, ¿verdad, señores? —dijo, arrellanándose en un sillón y encendiendo un cigarro—. Cada uno de nosotros ha prometido relatar la historia de su primer amor. Usted empezará, Sergio Nicolaievich.

El interpelado, un hombre bajo, rubio, de rostro abotargado, miró a su anfitrión y después levantó los ojos al techo.

—Yo no he tenido primer amor —declaró, al fin—. Yo empecé directamente por el segundo.

—¿Cómo es eso?

—Simplemente. Tendría a la sazón unos dieciocho años cuando me dio la fantasía de hacerle un poco la corte a una joven, por cierto muy bonita, pero me comporté como si aquello no fuese nuevo para mí; exactamente como lo he hecho posteriormente con otras. Para ser sincero, mi primero —y último— amor, se remonta a la época en que tenía seis años. El objeto de mi pasión era la niñera que cuidaba de mí. Esto queda muy lejos, como pueden ver, y los detalles de nuestras relaciones se han borrado de mi memoria. Por otra parte, aunque los recordara, ¿a quién podrían interesar?

—¿Qué vamos a hacer, entonces? —se lamentó nuestro anfitrión—. Tampoco mi primer amor tiene nada de apasionante. Jamás había amado a nadie antes de conocer a Ana Ivanovna, mi esposa. Todo ocurrió en la forma más natural del mundo: nuestros padres nos prometieron, no tardamos en experimentar una inclinación mutua, y pronto nos casamos. Toda mi historia se compendia en dos palabras. A decir verdad, señores, al poner la cuestión sobre el tapete, yo confiaba en ustedes, jóvenes y solteros...

—El hecho es que mi primer amor no fue un amor trivial —intervino Vladimir Petrovich, tras breve vacilación.

Era un hombre de unos cuarenta años, de cabellos negros, ligeramente entreverados de plata.

—¡Ah, menos mal!... ¡Empiece! ¡Le escuchamos!

—Pues bien, ahí va... Pero, no, no les explicaré nada, porque soy muy mal narrador y mis relatos suelen ser secos y breves o largos y falsos. Si no tienen ustedes inconveniente en ello, prefiero consignar todos mis recuerdos en un cuaderno, y leérselos luego.

Sus compañeros, al principio, no estaban dispuestos a aceptar la proposición, pero Vladimir Petrovich acabó por convencerlos. Quince días más tarde, se reunían de nuevo. Vladimir había cumplido su promesa.

Y esto es lo que había anotado en su cuaderno:

I

Tenía a la sazón dieciséis años. Ello acontecía en el curso del verano de 1833. Yo vivía en casa de mis padres, en Moscú. Habían alquilado una villa cerca de la Puerta Kalugsky, frente al jardín Neskuchny. Yo me preparaba para la universidad, pero trabajaba poco y sin prisa.

Nada coartaba mi libertad: tenía derecho a hacer todo lo que se me antojaba, sobre todo desde que me había liberado de mi último preceptor, un francés que jamás había logrado hacerse a la idea de que me había caído en Rusia *comme une bombe* y se pasaba los días enteros echado en su cama con una expresión exasperada.

Mi padre me trataba con tierna indiferencia; mi madre apenas me prestaba atención, a pesar de que yo era su único hijo: la absorbían otra clase de preocupaciones.

Mi padre, joven y apuesto, había hecho un matrimonio de conveniencia. Mi madre, diez años mayor que él, había tenido una existencia muy triste: siempre inquieta, celosa y taciturna, no se atrevía a traicionarse en presencia de su marido, al que temía mucho... Él, por su parte, afectaba una severidad fría y distante... Jamás he conocido hombre más seguro, más tranquilo y más autoritario que él.

Siempre recordaré las primeras semanas que pasé en la villa. Hacía un tiempo soberbio. Nos habíamos instalado en ella el 9 de mayo, día de San Nicolás. Yo solía ir a pasear por nuestro parque, el Neskuchny, o por el otro lado de la Puerta de Kalugsky; me llevaba cualquier libro de texto —el

de Kaidanov, por ejemplo—, pero raras veces lo abría, y me pasaba la mayor parte del tiempo declamando versos, de los cuales sabía muchísimos de memoria. Mi sangre se agitaba, y mi corazón se lamentaba con dulce alegría; esperaba algo, y me sentía atemorizado sin saber por qué, siempre intrigado y dispuesto a todo, sin embargo. Mi imaginación jugaba y remolineaba alrededor de las mismas ideas fijas, como los vencejos, al amanecer, en torno del campanario. Me sentía soñador, melancólico, y a veces llegaba hasta a derramar lágrimas. Pero a través de todo aquello, brotaba, como la hierba en primavera, una vida joven e hirviente.

Poseía un caballo. Lo ensillaba yo mismo y marchaba muy lejos, solo, al galope. Ora me imaginaba ser un caballero que entraba en liza —¡y cuán alegremente silbaba el viento en mis oídos!—, ora levantaba el rostro al cielo, y mi alma, abierta de par en par, se empapaba de su luz deslumbradora y de su azul.

Ni una imagen de mujer, ni siquiera un fantasma de amor se habían presentado todavía claramente a mi espíritu; pero en todo lo que pensaba, en todo lo que sentía, se ocultaba un presentimiento sólo a medias consciente y lleno de reticencias, la presencia de algo inédito, infinitamente dulce y femenino...

Y aquella espera se adueñaba de todo mi ser: la respiraba, fluía por mis venas, por cada gota de mi sangre... Y pronto debía verse colmada.

Nuestra villa estaba formada por un edificio central, de madera, con una columna flanqueada por dos alas bajas; el ala izquierda albergaba una minúscula manufactura de papeles pintados... Yo la visitaba a menudo. Una decena de muchachos escuchimizados, de pelo hirsuto, con el rostro marcado ya por el alcohol, vestidos con guardapolvos grasientos, saltaban sobre las palancas de madera que ejercían presión sobre los bloques de las prensas. Así el peso de su débil cuerpo imprimía los arabescos multicolores del papel pintado. El ala derecha, desocupada, estaba por alquilar.

Un buen día, aproximadamente tres semanas después de nuestra llegada, los postigos de las ventanas de esta ala se abrieron ruidosamente, y pude ver unas caras femeninas: teníamos vecinos. Recuerdo que aquel anochecer, durante la cena, mi madre preguntó al mayordomo quiénes eran los nuevos inquilinos. Y al oír el nombre de la princesa Zassekine, repitió primero, con veneración: «¡Ah, una princesa!», y enseguida agregó: «Desde luego, arruinada».

—Las señoras han llegado en tres coches de alquiler —observó el criado, sosteniendo respetuosamente el plato—. No tienen coche propio, y en cuanto a los muebles, no valen absolutamente nada.

—Sí, pero aun así, lo prefiero —replicó mi madre. Mi padre la miró fríamente, y ella enmudeció.

Efectivamente, la princesa Zassekine no podía ser rica: el pabellón que había alquilado era tan vetusto, pequeño y bajo, que hasta personas de escasa fortuna se hubiesen negado a alojarse en él. Por mi parte, no presté ninguna atención a aquella conversación. Tanto más cuanto que el título de princesa no podía producirme la menor impresión, puesto que precisamente acababa de leer *Los bandidos*, de Schiller.

II

Había adoptado el hábito de pasear todas las tardes por las avenidas de nuestro parque, con una escopeta bajo el brazo, acechando a los cuervos. Toda mi vida he odiado profundamente a esos animales voraces, prudentes y maliciosos. Aquella noche, habiendo bajado al jardín, como de costumbre, acababa de recorrer en vano todos los paseos: los cuervos me habían reconocido y sus graznidos estridentes llegaban hasta mí desde muy lejos. Guiado por el azar, me acerqué a la cerca baja que separaba *nuestra* finca de la estrecha faja de jardín que se extendía a la derecha del ala y de ella dependía.

Caminaba con la cabeza gacha cuando me pareció oír rumor de voces; lancé una mirada por encima de la cerca, y me detuve estupefacto... Un extraño espectáculo se ofrecía a mis miradas.

Frente a mí, a muy pocos pasos, sentada en un retazo de césped bordeado de frambuesos verdes, se hallaba una joven, alta y esbelta, que lucía un vestido rosa a rayas y una toquilla blanca; cuatro muchachos la rodeaban, formando círculo, y ella les golpeaba en la frente por turno, con una de esas flores grises cuyo nombre no recuerdo, pero que los niños conocen muy bien: forman como unas bolsitas que estallan haciendo ruido cuando chocan con algo duro. Las víctimas ofrecían la frente con tal entusiasmo, y había tanto hechizo, tanta ternura imperativa y burlona, tanta gracia y elegancia en los ademanes de la joven (a la que veía

de perfil) que estuve a punto de lanzar un grito de sorpresa y de encanto... Hubiese dado el mundo entero para que aquellos dedos adorables me golpearan a mí también.

La escopeta se me deslizó hasta el suelo; me había olvidado de todo y devoraba con los ojos aquel talle grácil, aquel cuello esbelto, aquellas lindas manos, aquellos cabellos rubios ligeramente revueltos bajo el pañuelo blanco, aquellos ojos inteligentes, entornados, aquellas cejas y aquellas mejillas aterciopeladas...

—Dígame usted, joven, ¿le parece correcto mirar así a una señorita a la que no conoce? —dijo de pronto una voz, muy cerca de mí. Me sobresalté y quedé de una pieza... Un muchacho de cabellos negros, muy cortos, me miraba fijamente, con expresión irónica, desde el otro lado de la cerca. En aquel preciso instante, la joven se volvió también hacia mí... Pude ver sus grandes ojos grises, en un rostro móvil agitado súbitamente por un leve temblor, y la carcajada, reprimida al principio, brotó, sonora, poniendo al descubierto sus dientes blancos y arqueando curiosamente las cejas de la muchacha... Me sonrojé lamentablemente, recogí la escopeta y eché a correr con todas mis fuerzas, perseguido por las carcajadas. Llegué a mi habitación, me arrojé encima de la cama, y escondí la cara entre las manos. Mi corazón latía como loco; me sentía confuso y feliz, presa de una turbación como jamás hasta entonces la había experimentado.

Después de descansar un rato me peiné, cepillé mis ropas y bajé a tomar el té. La imagen de la muchacha flotaba ante mí; mi corazón se había serenado, pero seguía deliciosamente encogido.

—Pero ¿qué te pasa? —me preguntó bruscamente mi padre—. ¿Has matado algún cuervo?

Sentí deseos de confesárselo todo, pero me retuve y me limité a sonreír para mis adentros. En el momento de acostarme hice tres piruetas a la pata coja —sin saber por qué— y me puse brillantina en los cabellos. Dormí como un tron-

co. Poco antes del amanecer, me desperté un instante, levanté la cabeza, miré a mi alrededor, lleno de felicidad... y volví a dormirme.

III

«¿Cómo me las compondré para trabar conocimiento con ellos?». Esto fue lo primero que pensé al despertar.

Bajé al jardín antes de la hora del té, pero evité acercarme demasiado a la cerca, y no vi a nadie.

Después del té, pasé una y otra vez por delante de su pabellón e intenté penetrar desde lejos el secreto de las ventanas... Un momento me pareció adivinar detrás de los visillos un rostro, y me alejé precipitadamente.

«Sin embargo, es absolutamente preciso que la conozca», me decía a mí mismo, paseando al azar por el llano arenoso que se extiende delante de Neskuchny. «Pero ¿cómo? He aquí el problema». Evoqué los menores detalles del encuentro de la víspera; de toda la aventura, su risa era lo que más me había impresionado, sin saber por qué...

Pero mientras así me exaltaba e imaginaba toda clase de planes, el destino me había tomado ya bajo sus alas...

Durante mi ausencia, mi madre había recibido una carta de nuestra vecina. El mensaje aparecía escrito en un papel gris muy ordinario, sellado con cera virgen, de ésa que sólo se encuentra generalmente en las oficinas de correos o en los taponés de los vinos de calidad inferior. En aquella carta, en la que la falta de cuidado en la sintaxis no era inferior a la de la caligrafía, la princesa solicitaba de mi madre ayuda y protección. Mi madre, según nuestra vecina, estaba estrechamente relacionada con personajes influyentes, de

quienes dependía la suerte de la princesa y de sus hijos, puesto que se hallaba metida en importantes pleitos.

«Me dirigo a usted», dama, «como una muger noble a hotra muger noble, y, por otra parte, aprovecho la ocasión...». En conclusión, la princesa solicitaba autorización para acudir a visitar a mi madre...

Ésta se mostró sumamente molesta: mi padre estaba ausente, y no sabía en quién aconsejarse. Desde luego, era posible dejar sin respuesta la misiva de la «muger noble», ¡princesa además! Pero ¿qué hacer? Parecía fuera de lugar escribirle en francés, y la ortografía rusa de mi madre cojeaba un tanto; ella lo sabía y no quería ponerse en evidencia.

Mi regreso le cayó como una bendición. Mamá me pidió que fuese inmediatamente a casa de la princesa y le comunicara que siempre nos encantaría, en la medida de lo posible, ser útiles a Su Alteza y que sería para nosotros un gran placer recibir su visita entre mediodía y la una. La súbita realización de mi velado deseo me llenó de alegría y de aprensión a un tiempo. Sin embargo, disimulé a la perfección, y, antes de llevar a cabo mi misión, subí a mi cuarto para ponerme una corbata nueva y el redingote. En mi casa, a pesar de mis protestas, todavía me obligaban a llevar chaqueta corta y cuello bajo.

IV

Penetré en el vestíbulo pequeño y mal amueblado, sin lograr dominar un temblor involuntario, y me tropecé con un viejo criado canoso, de rostro color de bronce y ojos melancólicos y pequeños, como los de un cerdo. Su frente y sus sienas aparecían surcadas por profundas arrugas, como en mi vida las había visto iguales. Llevaba la espina de un arenque en un plato. Al verme, cerró con el pie la puerta que daba a otra estancia y me preguntó, con brusquedad:

—¿Qué desea usted?

—¿Está en casa la princesa Zassekine? —pregunté.

—¡Bonifacio! —gritó, detrás de la puerta una voz ronca de mujer.

El criado me volvió la espalda, silenciosamente, ofreciendo a mis miradas una librea muy desgastada en la parte de los omóplatos, cuyo único botón, cubierto de orín, llevaba grabadas las armas de la princesa, dejó el plato en el suelo y me dejó solo...

—¿Has ido a la comisaría? —siguió la misma voz.

El criado murmuró algo.

—¿Dices... que hay alguien...? ¿El hijo del dueño de al lado?... ¡Que pase!

—Tenga la bondad de pasar al salón —dijo el criado, reapareciendo ante mí y recogiendo el plato.

Rectifiqué inmediatamente mi atuendo y pasé al «salón».

Me hallaba en una estancia pequeña, nada limpia por cierto, amueblada pobremente y de manera improvisada. Una mujer, de unos cincuenta años de edad, con la cabeza descubierta, estaba sentada en un sillón de brazos rotos, junto a la ventana. Llevaba un vestido ajado de color verde y un pañolón abigarrado de pelo de camello alrededor del cuello. Me devoraba literalmente con sus ojillos negros.

Me acerqué a ella y la saludé.

—¿Tengo el honor de hablar con la princesa Zassekine?

—Yo soy. ¿Es usted el hijo del señor V...?

—Sí, princesa. Mi madre me ha confiado un recado para usted.

—Siéntese, por favor... ¡Bonifacio!... ¿Dónde tengo las llaves? ¿No las has visto, por casualidad?

Trasladé a mi interlocutora la respuesta de mi madre. La dama me escuchó tamborileando en el cristal de la ventana con sus dedos rechonchos y rojos, y cuando acabé de hablar, me miró de nuevo.

—Muy bien. Iré sin falta —dijo, al fin—. ¡Qué joven es usted! ¿Qué edad tiene, si no es indiscreción preguntárselo?

—Dieciséis años —respondí, no sin una voluntaria vacilación.

La princesa se sacó del bolsillo unos papeles grasientos y arrugados, se los acercó a la nariz, y empezó a descifrarlos.

—¡Hermosa edad! —dijo de pronto, volviéndose hacia mí y moviendo su asiento—. Por favor, nada de cumplidos. En mi casa todo es sencillo.

«Quizás demasiado», agregué yo, para mí, mirando con disgusto su figura descuidada.

En aquel preciso instante se abrió otra puerta, y la muchacha de la víspera apareció en el umbral. Levantó la mano y una sonrisa burlona iluminó su rostro.

—Es mi hija —dijo la princesa, señalándola con el codo—. Zinoehka, es el hijo de nuestro vecino, el señor V...

¿Cómo se llama usted, joven?

—Vladimir —balbucí turbado y levantándome precipitadamente.

—¿Y el patronímico?

Petrovich.

—¡Vaya! Conocí a un comisario de policía que se llamaba también Vladimir Petrovich. Bonifacio, no busques más las llaves: las tengo en el bolsillo.

La muchacha seguía mirándome con la misma expresión burlona, entornando ligeramente los ojos y con la cabeza un poco ladeada.

—Ya le vi a usted, señor Voldemar —empezó de pronto. El sonido argentino de su voz me estremeció con un dulce temblor—. ¿No le importa que le llame así, verdad?

—Desde luego —balbucí apenas.

—¿Dónde le viste? —preguntó la princesa.

La muchacha no le contestó.

—¿Tiene un minuto libre? —me preguntó de nuevo.

—Sí, señorita.

—¿Quiere ayudarme a devanar esta madeja de lana? Venga conmigo a mi habitación.

Y salió del «salón» haciendo un ademán con la cabeza. Yo la seguí pegado a sus talones.

El mobiliario de la pieza a la que entramos era un poco mejor y se hallaba dispuesto con más gusto que el del salón.

Pero, a fuer de sincero, debo confesar que apenas me di cuenta de ello: caminaba como un sonámbulo, y sentí en todo mi ser una especie de éxtasis feliz lindante con la estupidez.

La joven princesa cogió una silla, buscó una madeja de lana roja, la desató cuidadosamente, me indicó un asiento frente a ella, y me puso la madeja entre las manos abiertas.

Había en todos sus gestos una lentitud divertida: la misma sonrisa, clara y avispada, permanecía en el ángulo de sus labios entreabiertos. Empezó a ovillar la lana en un car-